

22. Neoliberalismo, de las promesas a la realidad

El Financiero

Un paradigma solo

Después del derrumbe de las economías centralmente planificadas y de la crisis de los modelos *socialdemócratas*, el *neoliberalismo* como una corriente amplia que combina propaganda con recetas de reforma económica se ha quedado prácticamente sola en el espectro ideológico.

Su relativo triunfo frente al enemigo bipolar difícilmente se puede considerar una victoria plena. Los efectos de la aplicación del modelo neoliberal en el tercer mundo demuestran que la aplicación de dogmas como el libre mercado, disminución del gasto público y apertura comercial han creado un enorme déficit social que deviene en muchos casos en un creciente clima de ingobernabilidad. El neoliberalismo, en vez de incorporar al modelo a un amplio espectro de fuerzas sociales, excluyó al máximo agravando el añejo problema de la desigualdad y la enorme concentración de la riqueza.

Por otro lado, en las naciones desarrolladas se comprueba que el neoliberalismo fue selectivo en su aplicación y no cumplió con sus promesas de eficiencia, crecimiento y libertad. En Estados Unidos, por ejemplo, hoy es patente que la era republicana creó un nuevo gasto deficitario basado en la lógica de la carrera armamentista y con un impacto bastante negativo para el sistema económico.

El repliegue del neoliberalismo en su versión más ortodoxa apenas inicia. En esta edición se presenta un balance general sobre esta ideología, su punto de partida: la crítica al Estado benefactor, y sus consecuencias en América Latina y Estados Unidos.

Después del triunfo de la guerra fría

NEOLIBERALISMO, LA CRISIS DE UNA IDEOLOGÍA

En 1988 el analista William Schneider escribió un artículo crítico sobre el neoliberalismo en el contexto estadounidense. El editor de la revista *The Atlantic*, en la parte medular de su ensayo, señaló:

“En lugar de ideología, los neoliberales tienen conceptos. La inversión es buena. El gasto es malo. Es bueno tener propiedades. Es malo exigir programas. Necesitamos una sociedad, no un gobierno poderoso. Hay que hablar de necesidades nacionales, no de demandas de intereses especiales. Hacer un llamado en favor del crecimiento, no de la redistribución. Ante todo, concentrarse en el futuro. Rechazar el pasado. Después de un rato, las ideas neoliberales empiezan a sonar como combinaciones al azar de palabras vacías”.

En ese momento, Schneider difícilmente hubiera augurado un repliegue del neoliberalismo en Estados Unidos. Ahora, a cinco años de distancia, una vez culminada la *guerra fría*, este heterogéneo movimiento, sólidamente integrado en torno a instituciones financieras internacionales, con un eficaz aparato propagandístico y con el control de los centros neurálgicos del poder económico y político en cada país, se enfrenta a sus propias contradicciones y promesas incumplidas.

Ostentándose como triunfador en la batalla ideológica y diplomática frente al bloque soviético, el neoliberalismo no tiene frente a sí ningún enemigo más que sus propios efectos; tal como se conoció durante las décadas de los setentas y ochentas, comienza a mostrar un repliegue difícil y convulso.

La llegada de William Clinton al poder de Estados Unidos plantea el retorno de las tesis del enemigo número uno de los neoliberales: el keynesianismo. Uno de sus más claros impulsores, el economista John Kenneth Galbraith, va más allá e indica que las nociones keynesianas en realidad nunca fueron abandonadas, aunque los neoliberales las rechacen. La diferencia radica en que las tesis de Keynes fueron aplicadas con un contenido inverso al proyectado originalmente.

En una entrevista con *New Perspectives Quarterly*, Galbraith declara: “Keynes nunca se eclipsó. La década de los ochenta fue un período en el que la economía norteamericana fue sostenida keynesianamente con el aumento del déficit público utilizado con el financiamiento de la industria militar. Esto fue un ejemplo manifiesto del déficit keynesiano para sostener una economía.

“La noción de que Keynes fue abandonado en los ochenta es un peculiar error de apreciación de la gente que confundió la retórica de la libre empresa con la realidad del gasto deficitario masivo.

“Lo que ahora propone Bill Clinton es usar la intervención del gobierno en la economía, no para producir armamento sino beneficios ciudadanos. Pero esto no altera la situación fundamental en ningún aspecto. El gasto gubernamental se sigue viendo como un medio para estimular y ayudar una economía debilitada”.

Por otro lado, en los países latinoamericanos, donde las tesis neoliberales fueron aplicadas con un fervor más ortodoxo que en el de sus propios lugares de origen, se comienzan a revelar sus dramáticas consecuencias:

1. El repliegue del Estado de la economía no ha consolidado un aparato productivo más moderno ni ha garantizado el crecimiento económico *per se*. El producto interno bruto de la región latinoamericana viene registrando una reducción paulatina; de 1991 a 1992, pasó de 3.5 a 2.4 por ciento. En contra de los años anteriores que de una tasa de crecimiento del PIB por habitante mayor a 1 punto, en 1992, este índice se redujo a .5.

2. El costo de la aplicación del modelo, en términos de desigualdad social, es cada vez más evidente en toda la región. Cifras de la UNICEF calculan que el número de pobres en la última década ascendió a 180 millones de personas. En naciones como Venezuela, la cifra asciende a 80 por ciento de la población; en México, se calcula que más de la mitad de los habitantes carece de lo que se considera indispensable. La otra cara de la moneda es más dramática: el nivel de concentración de la riqueza se ha agudizado en forma inusitada, a tal grado que en nuestro país tres decenas de empresarios controlan alrededor del 80 por ciento de la economía.

3. La deuda externa, caballo de batalla que permitió a la élite neoliberal conseguir el poder en toda América Latina, aún no arroja los saldos positivos que se intentaba presentar: en 1991, alcanzó 432 mil millones de dólares en toda la región; en 1992 tuvo un crecimiento de 3 por ciento. En países como México, que logró reducir cerca de 10 por ciento su deuda externa, esto se logró gracias a las privatizaciones de empresas públicas. Asimismo, la deuda externa privada sigue siendo un problema latente.

4. Por último, el gran saldo del neoliberalismo, como corriente económica que promueve la apertura de mercados y la formación de zonas de libre comercio, es el abierto contraste entre este discurso y las tendencias neoproteccionistas que se registran a nivel de bloques continentales y el intercambio desigual entre las naciones desarrolladas y las subdesarrolladas. Esto es especialmente significativo en los países latinoamericanos. Nuestro país ha registrado un incremento significativo del déficit en cuenta corriente que se elevó de 13,500 millones de dólares en 1991 a casi 21 mil millones de dólares en 1992.

Matrimonios por conveniencia

Las contradicciones entre la propaganda y la realidad del neoliberalismo se pueden localizar en el origen mismo de esta corriente. Como renovadora de las tesis clásicas del *laissez faire*, el neoliberalismo adquirió impulso a raíz de la crisis económica mundial de 1972, cuando se registraron fenómenos de inflación y estancamiento en las naciones más desarrolladas.

Desde entonces, los liberales adoptaron como eje de su reflexión y crítica el papel del Estado como regulador de la economía. Su propuesta consistió en "voltear" el modelo keynesiano, que en Estados Unidos tuvo durante muchas décadas como paradigma al *New Deal* rooseveltiano. En Gran Bretaña las tesis liberales se fusionaron con el neoconservadurismo y produjeron la mezcla explosiva del *thatcherismo*.

Muchos liberales abanderaron las tesis monetaristas, que desde los setenta tuvieron como firme defensor a Milton Friedman. La propuesta monetarista era clara: el origen de la inflación está en el gasto público excesivo. A éste había que reorientarlo, reduciendo el papel económico del Estado a su mínima expresión, para promover a cambio la libre empresa.

En otras palabras, se pueden ubicar dos matrimonios por conveniencia que rindieron frutos en términos geopolíticos al movimiento liberal:

1. *Neoliberalismo y neoconservadurismo*. Las tesis económicas liberales alcanzaron su auge en Estados Unidos y en Gran Bretaña, gracias a su fusión con el movimiento neoconservador, encabezado por los republicanos de Reagan y los conservadores de Thatcher.

En ambos países, junto con la promoción de la privatización a gran escala de empresas públicas (transportes, minas, comunicaciones, etc.) los liberales en el poder impulsaron un viraje hacia los valores que dieron cuerpo a la llamada "nueva derecha", profundamente anticomunista y firme impulsora de proyectos belicistas para enfrentar al enemigo soviético.

En Estados Unidos, la neoderecha formó una amplia coalición que incluía desde centros de estudio como la Fundación Heritage, comités de acción política y *lobbies* que abogaban por mayores gastos en defensa para presionar al enemigo soviético, hasta organizaciones fundamentalistas como el Ku Klux Klan. Todos estos grupos fueron los artífices de la llegada de Ronald Reagan al poder, a quien apoyaron con cerca de 8 millones de dólares durante su campaña de 1979, y a quien presionaron para que aprobara proyectos como la iniciativa de defensa estratégica o "guerra de las galaxias", el plan bélico más ambicioso y costoso de Estados Unidos.

El resultado de esta fusión fue un repliegue de los movimientos progresistas de la sociedad civil que tuvieron un auge en los años sesentas y setentas, como los feministas, los antirracistas, los movimientos pacifistas, etc. Ahora, como se observa en el gobierno de Clinton, estos grupos van por la revancha frente a los sectores conservadores, tanto en el plano social y militar como en el económico.

En Gran Bretaña y en otras naciones europeas, como Alemania Federal, la fusión entre liberales y neoconservadores también fue clara, a tal grado que las propuestas de unos y otros sonaban como parte de un ideario único. El heredero de Margaret Thatcher, John Major, tiene frente a sí severos retos económicos que atender y se enfrenta al auge de movimientos anticonservadores que forman una amplia coalición entre sindicalistas, ecologistas, feministas, etc. En Alemania Federal, la unificación acelerada con la parte oriental ha agudizado los efectos del gobierno de Helmut Kohl: desempleo, escasez de vivienda, nueva ola racista, etc. Como destaca el escritor Günter Grass en su ensayo *Alemania, una unificación insensata*, sólo los grandes capitales germanos parecen haberse beneficiado con la "anexión" de la RDA, en perjuicio de la clase media y los trabajadores germanos.

Indudablemente, la fusión entre liberales y neoconservadores tuvo un triunfo pírrico al derrotar en el terreno económico a los gobiernos del socialismo autoritario del bloque soviético. El derrumbe del Muro de Berlín, la desaparición de la Unión Soviética y la virtual muerte de los partidos comunistas que gobernaron a los países detrás de la *cortina de hierro* constituyeron un indudable triunfo ideológico propagandístico de la coalición liberal-neoconservadora occidental.

Sin embargo, después de este triunfo la coalición no tiene respuestas para los retos del llamado "nuevo desorden mundial". El belicismo ya no funciona ni en términos de racionalidad política ni mucho menos económica. Fenómenos como el acelerado deterioro ecológico mundial no encuentran respuestas en las clásicas fórmulas librecambistas ni en la promoción del modelo económico altamente concentrador y depredador.

Por si fuera poco, la socialdemocracia europea también enfrenta una severa crisis de identidad que impide erigirla como modelo alternativo. Además, en términos de proyecto económico, no existieron muchas diferencias entre los programas reprivatizadores del PSOE español o el PSF francés y los conservadores británicos o republicanos estadounidenses.

2. *Liberales y monetaristas*. Sin ser necesariamente lo mismo, los promotores de la ideología liberal y los llamados Chicago Boys, o monetaristas, ideólogos del modelo económico impulsado a través de instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, se fusionaron a tal grado que suele referirse a ellos como si fueran sinónimos.

En esencia, ambos coinciden en la necesidad de reducir el gasto público orientado a los servicios sociales, impulsar la iniciativa privada, apoyar el libre comercio, disminuir la carga impositiva en forma selectiva. En términos económicos, los monetaristas se orientaron ante todo a la eficiencia del aparato productivo, sustituyeron el crecimiento como valor central frente a conceptos como desarrollo o bienestar social, y han sido incisivos y hasta obsesivos en el dogma del control inflacionario.

El ideario monetarista se reduce a una serie de recomendaciones o "menús" de reforma económica, como las cartas de intención del FMI, aplicadas puntualmente por las naciones latinoamericanas. La visión estratégica de los neoliberales sirvió para que las tesis monetaristas adquirieran una dimensión geopolítica y sirvieran para presionar internamente a las naciones dependientes.

En América Latina y otras regiones del planeta el neoliberalismo contrajo un tercer tipo de matrimonio por conveniencia:

3. *Neoliberalismo y autoritarismo.* La introducción de las tesis neoliberales-monetaristas en países como los latinoamericanos ignoró en un principio asuntos fundamentales como el de la democracia. Es bueno recordar que el primer régimen impulsor de este modelo fue la dictadura de Augusto Pinochet, en Chile, junto con las dictaduras argentina, brasileña y uruguaya. Se pensaba que el control autoritario permitiría una mejor aplicación de las tesis del modelo.

Ante las presiones políticas internas, en la década de los ochenta se ensayó la transición de las dictaduras militares a los regímenes civiles, teniendo como guía un ideario de democracia mínima o procesal: elecciones libres y directas, pluripartidismo, libertades civiles.

Ahora, esta democracia mínima se confronta a su propia carencia de contenido social. No basta ya en naciones como Brasil, Venezuela, Argentina o Chile la existencia de gobiernos civiles mientras el régimen democrático siga impulsando un proyecto que agudiza la desigualdad social, la *favelización* de la sociedad y, además, traiga aparejados fenómenos de corrupción que provocan inestabilidad, como se vio en la caída de Fernando Collor de Mello, en Brasil.

El riesgo de las naciones latinoamericanas es que frente a la ingobernabilidad creciente se opte nuevamente por la salida autoritaria: el *Fujishock*. El autogolpe de Alberto Fujimori en Perú es preocupante, porque si se extendiera a nivel continental, estaríamos frente a una especie de dictadura con revestimiento civil para impulsar el modelo neoliberal.

¿Repliegue neoliberal?

Para algunos analistas el neoliberalismo está en repliegue. El nuevo proyecto económico de William Clinton así lo demuestra. El propio Galbraith, en la entrevista antes citada, considera que Clinton retornará a las tesis del keynesianismo.

No obstante, al hablar de repliegue o fracaso del neoliberalismo hay que tener bastante cuidado. Ciertamente, como paradigma se ha quedado solo frente al derrumbe del modelo soviético, pero esto no implica necesariamente que asuma su fracaso social e intente resarcirlo.

Por el contrario, existe aún una retórica bastante permeada de los "valores neoliberales" que se extiende por todo el mundo. En los antiguos países comunistas, comenzando con la propia Rusia, los gobiernos aplican planes de reforma ortodoxos al mejor estilo del capitalismo salvaje y algunos no se ruborizan al afirmar que creen fervientemente en el neoliberalismo.

Incluso, algunos autores creen que no todo en el neoliberalismo es condenable. Efectivamente, la crítica neoliberal al papel del Estado omnipresente y regulador o su promoción de la sociedad civil son elementos válidos que incluso pueden revertirse.

Los efectos del programa económico de Clinton son aún bastante prematuros como para diagnosticar desde ahora que se trata de un repliegue de las tesis neoliberales y mucho menos de un retorno al pasado del Estado benefactor. Quizá exista un repliegue de los neoconservadores más feroces, pero no de los promotores del libre mercado. Además, el lenguaje en Estados Unidos es bastante engañoso en este sentido, dada la tradición "liberal" que permea a toda la élite del poder en este país.

Algunos autores como José Luis Orozco advierten que las propuestas de Clinton, especialmente las de su ideólogo Robert Reich, más que promover una nueva forma de redistribución de la riqueza que afectaría al complejo empresarial norteamericano, ponen énfasis "en toda una serie de elementos productivistas (capacitación industrial, educación, etc.) que a mi manera de ver van a propiciar una competencia bajo condiciones de darwinismo ilustrado" (*Zona Abierta*, 5 de marzo de 1993).

Por lo pronto, en regiones como América Latina el neoliberalismo se enfrenta a fenómenos que no tiene capacidad de resolver. La creciente ingobernabilidad como producto de la crisis social y el agotamiento de la élite promotora del neoliberalismo son dos de los principales saldos. Junto con ellos, sus promesas de crecimiento, productividad y eficacia económica, de libertad e individualismo se confrontan casi a diario con una realidad de subdesarrollo que parece indicar justamente lo contrario: atraso económico, dependencia, improductividad y alta concentración del ingreso.

Reflexión filosófica

LA CRISIS DEL ESTADO, LAS RESPUESTAS NEOLIBERALES

Según algunos estudiosos, el Estado-nación, tal como se ha concebido desde hace unos doscientos años, está en una crisis muy profunda que lo ha puesto en posibilidad de desaparecer. Tal situación hipotética –advierten– podría generar un caos derivado de destructivas luchas nacionalistas.

En contra de esa visión, otros sostienen que el Estado actual no está en crisis, sino en un proceso de transformación, en una especie de mutación de la que saldrá una entidad distinta a la que hemos conocido por lo menos durante este siglo. Y junto a ellos existen incluso otros investigadores para quienes el Estado vive su mejor momento, después de la caída de los regímenes de socialismo real y de la consecuente desaparición de elementos que se oponían a su consolidación y provocaban ingobernabilidad.

Cualquiera de esas tres posiciones podría ser defendida con cierta validez; en todo caso, lo cierto es que algo está cambiando. El primer elemento que manifiesta un cambio y que en muchos sentidos constituye su causa, es la sociedad misma. Desde la década de los sesenta se hizo evidente una convergencia de opiniones entre distintos autores y pensadores con respecto al hecho de que las sociedades industriales se hallan en una transición tan decisiva como la que hace un siglo llevó a Europa de la sociedad agraria a la sociedad industrial.

En ese sentido, numerosos pensadores comenzaron a hablar de una nueva época. Amitai Etzioni, por ejemplo, empezó a hablar de la “era posmoderna”, término que también ha sido utilizado por los postestructuralistas o desconstruccionistas franceses, como Jean Francois Lyotard y Jaques Derrida. George Lichteim habla de la “sociedad postburguesa”, Herman Kahn de la sociedad “posteconómica”, Murray Bookchin de la “sociedad de la postescasez”, Kenneth Boulding de la “sociedad postcivilizada” y Daniel Bell simplemente de la “sociedad postindustrial”. Otros colocan el acento en algo más preciso y hablan de la “sociedad del conocimiento”, como Peter Drucker, de la “sociedad de los servicios personales”, como Paul Halmos, o de la “era tecnocrónica”, como Zbigniew Brzezinski.

En conjunto, todas estas etiquetas señalan, finalmente, aspectos que han desaparecido o están desapareciendo, o bien lo que se espera que constituya el principio fundamental de la futura sociedad; por ejemplo, el conocimiento, los servicios personales, la electrónica, la cibernética o las telecomunicaciones.

Evidentemente, cada uno de estos términos tiene una explicación y una lógica que puede a veces coincidir con la de otros conceptos y a veces ser contradictoria. De hecho, hay pensadores

que se niegan a hablar de una nueva era y sólo asumen que la sociedad moderna vive una crisis que se resolverá de una u otra forma. En este caso destacan autores como el filósofo alemán Jürgen Habermas, quien es considerado uno de los pensadores contemporáneos más importantes.

Sin llegar a adoptar alguna de las dos visiones (la que considera que existe una nueva época o una nueva sociedad y la que asume que sólo es una crisis de los valores modernos que será superada sin pensar por ello que hemos ascendido a una nueva era), lo cierto es que hay elementos en la sociedad actual que difieren mucho de los que vivieron nuestros padres y nuestros abuelos, y que han cambiado algunos aspectos del Estado moderno.

El proyecto de la modernidad

Desde hace más de doscientos años comenzó a gestarse el llamado proyecto de la modernidad, el cual se plasmó en dos doctrinas: el socialismo y el liberalismo. Completamente contrarias en sus modos de concebir el papel del Estado y de la sociedad, estas dos ideologías convergieron en un punto esencial: su visión utópica de que por medio de la razón el hombre podría vivir mejor y llegaría a un estadio de felicidad.

Esta visión se conjugó con el rápido proceso de industrialización que estaba viviendo la sociedad: la máquina se convirtió en un símbolo de emancipación, pues gracias a ella el ser humano podría tener más tiempo para el ocio y para dedicarse a labores de tipo intelectual o espiritual.

Tanto el liberalismo como el socialismo veían en la industrialización un camino para la emancipación del hombre. Para decirlo de una manera muy resumida, el liberalismo consideraba que una mayor producción y desarrollo industrial redituarian más ingresos nacionales y por lo tanto mayor bienestar; el socialismo, por su parte, sólo creía factible la revolución proletaria en sociedades altamente industrializadas. No es casual, en ese sentido, que Karl Marx concibiera la realización de su proyecto en sociedades como la inglesa o la alemana, que en ese entonces eran las más avanzadas industrialmente.

Evidentemente, el desarrollo industrial por sí mismo no llevaría al hombre la felicidad; de hecho, el ascenso del capitalismo significó un empeoramiento en las condiciones de vida de muchos trabajadores. La industria y el mercado por sí solos eran irracionales, por eso pronto se vio que el Estado debía tomar parte en el proceso emancipador del hombre.

En la década de los treinta del presente siglo, tras la crisis económica de alcance mundial, el Estado adquirió un papel muy importante. Poco a poco se convertiría en el rector de la economía y en el encargado de llevar a la práctica todas las expectativas de bienestar, progreso y felicidad que el hombre ideó en su proyecto de modernidad.

Durante esa época, los servicios de salud y educación se volvieron esenciales para tratar de paliar las crisis en la esfera económica. Gracias al bienestar que otorgaba, el Estado logró construir una nueva base de consenso social, que se había perdido después de la Primera Guerra Mundial, como resultado inmediato de la desconfianza en la razón como llave para la felicidad humana.

El nuevo consenso que adquirió el Estado implicaba reconocer la incapacidad del proyecto de modernidad para llevar al hombre a un mejor modo de vida. Mientras el Estado de bienestar logró que la sociedad pudiera seguir confiando en el esquema capitalista, garantizando los servicios de educación y salud, básicamente, los problemas sociales y el desencanto hacia el proyecto de la modernidad fueron más o menos manejables; sin embargo, en la década de los sesenta se hizo evidente el agotamiento del Estado de bienestar y la idea exaltada del progreso llegó a su fin. Pronto se manifestó una crisis generalizada.

Esta crisis hallaba explicación en la desigualdad social en la que había desembocado la industrialización pregonada como fuente de progreso, así como en la irracionalidad de los conflictos bélicos regionales de la llamada guerra fría y en la rápida carrera armamentista, factores que provocaron un gran escepticismo hacia el futuro.

Este escepticismo de la población se reflejó en un desencanto manifestado hacia las instituciones del Estado y, por tanto, hacia los partidos políticos y las votaciones como elemento legitimador de los gobiernos. Es en ese momento, por ejemplo, cuando comienza a gestarse una fuerte abstención electoral y una escasa participación de la sociedad en la vida política en general; aunque también surgieron fuertes movimientos que buscaban imbuir nuevos valores en la sociedad, cuestionando duramente el orden establecido. Estos movimientos implicaron un grave problema para el Estado y mostraron la necesidad de construir nuevas relaciones entre el poder y la sociedad.

En tal contexto, pensadores como Daniel Bell comenzaron a hablar de una nueva era caracterizada por el dominio de la tecnología de punta y los servicios, pero también por un individualismo feroz. Analizando la crisis de la sociedad moderna, Bell reprochó al proyecto de modernidad su fuerte acento en el individuo en detrimento de la comunidad y la familia. Por ello, el filósofo estadounidense consideró que para solucionar la crisis de la sociedad moderna es necesaria la existencia de un fuerte Estado central que garantice la vuelta a valores tradicionales como la familia y la religión (por supuesto, Bell habla del protestantismo).

Con base en estas ideas, los gobiernos neoconservadores de Ronald Reagan y George Bush, en Estados Unidos, y el de Margaret Thatcher en Inglaterra, pretendieron justificar su autoritarismo.

El ascenso de la nueva derecha

El agotamiento del llamado Welfare state demostró que el Estado como tal vivía una grave problemática tanto hacia su interior como hacia el exterior.

Hacia adentro se vieron dos problemas básicos: una fuerte crisis de legitimidad manifiesta en la falta de credibilidad de las instituciones frente a la población; y una crisis fiscal, producto de la incapacidad del gobierno para manejar la economía racionalmente.

Esta última crisis, visible en el hecho de que el Estado gastaba más de lo que invertía, contribuyó a alimentar las dudas sobre su legitimidad, pues la imagen que daba a la población era la de ser poco eficiente.

En este contexto surgió una nueva élite que intentó "relegitimar" al Estado por medio de su transformación. A esta nueva élite se le conoce como la nueva derecha, y propone la retirada del Estado de la economía convirtiéndolo sólo en regulador de ella. Al mismo tiempo, intenta regresar a la sociedad civil la responsabilidad de suplir los servicios educativos y de salud, los cuales, desde su óptica, habían sido acaparados por el Estado benefactor.

Dentro de este grupo se identificaron dos corrientes: la de los neoliberales y la de los neoconservadores. En lo económico, ambas responden más o menos a los mismos principios; su diferencia estriba en la concepción que tienen de la política.

Para los neoliberales, el Estado debe asumir un papel regulador tanto en lo económico como en lo político, por eso no intentan entrometerse en asuntos que para ellos le competen sólo a la sociedad.

En cambio, para los neoconservadores la sociedad moderna está en crisis, por lo cual es necesario construir un Estado fuerte que evite todo viso de anarquía. En materia de política exterior su posición es dura: el aislamiento debe evitarse por todos los medios, pues todo lo que ocurre en el exterior afecta al interior.

En lo que se refiere al exterior, se comenzó a vivir una gran problemática porque los valores sobre los cuales se sustentó durante años el Estado nacional, como el de la soberanía, sufrieron

una gran transformación debido a la apertura económica promovida con el ascenso de la nueva derecha.

La construcción de bloques económicos significa una nueva realidad para el Estado, tomando en cuenta que una de sus principales funciones durante años fue la de dar forma a una ideología nacional.

Aunque los gobiernos de la nueva derecha han logrado contrarrestar la crisis fiscal, reduciendo, por ejemplo, la inflación a grados muy bajos, aún no logran superar la crisis de legitimidad, pues no han mejorado el nivel de vida de la población en su conjunto. Este es uno de los problemas más importantes que presenta ahora el Estado, pues mientras no logre beneficiar a la población difícilmente podrá adquirir legitimidad.

La llegada de William Clinton al gobierno de Estados Unidos es un mensaje de que el Estado no puede retirarse del todo de la economía, sabiendo que las fuerzas del mercado por sí solas no son capaces de resolver los problemas de la sociedad, sobre todo en un contexto que tiende a la globalización, como el actual.

Evidentemente, el Estado moderno sufre fuertes transformaciones. La gran duda que queda es hacia dónde van esos cambios: ¿son un retroceso que desembocará en un caos, o se dirigen hacia mejores tiempos, donde ya no haya elementos como el socialismo o el paternalismo que impidan desarrollar al Estado sus "verdaderas funciones"? La respuesta a esta pregunta determinará, seguramente, las políticas del futuro.

América Latina una década después

DE LAS RECETAS NEOLIBERALES A LA DISOLUCIÓN SOCIAL

En su condición de región subdesarrollada sin paradigmas propios, los países latinoamericanos han optado por copiar los modelos desarrollados por las grandes potencias. Por esta razón, al igual que cuando se compran zapatos que no son de la medida, América Latina ha tenido que ajustarlos forzosamente a la realidad de sus naciones.

Agotado el modelo del Estado benefactor y abandonadas las tesis keynesianas, la nueva corriente del neoliberalismo fue adoptada por los gobiernos de Latinoamérica, no como resultado de una decisión voluntaria y razonada, sino como una condición impuesta por los organismos financieros internacionales.

Balance monetarista

Después de una "década perdida" signada por la crisis y de encontrarse a punto de declarar una moratoria conjunta contra el pago de la deuda externa, las naciones latinoamericanas tuvieron que encontrar un nuevo mecanismo de negociación con el Fondo Monetario Internacional y los países acreedores.

El acuerdo consistió en reestructurar el monto de los débitos y otorgar nuevos créditos, a cambio de la aplicación de severas políticas de ajuste estructural encaminadas a detener la inflación y subsanar las economías de América Latina. Dichas medidas implicaban, entre otras cosas, reducir el gasto público; ajustar precios y tarifas; aumentar los impuestos al consumo; reforzar los controles salariales; liberalizar los precios internos; fijar una tasa de cambio flexible orientada a favorecer las exportaciones y frenar las importaciones; privatizar empresas paraestatales; adelgazar el Estado y eliminar las restricciones proteccionistas y arancelarias al comercio. Todo esto desembocaría en una apertura de mercados que favorecería la atracción de inversiones extranjeras (ver Rosario Green, *La deuda externa de México 1973-1987*).

A comienzos de los noventa, las estrictas medidas económicas comenzaron a dar frutos en Latinoamérica. Un análisis comparativo de la situación en esa parte del continente, basado en los balances anuales de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), muestra la rapidez con que estas políticas comenzaron a arrojar resultados efectivos.

En 1991, luego de años de estancamiento, la producción total de la región alcanzó un crecimiento de 3.5 por ciento y la inflación disminuyó de 1186 por ciento, en 1990, a 202 por ciento.

En 1988 la tasa anual de crecimiento del producto interno bruto (PIB) de la región era de 0.6 por ciento; en 1989 aumentó a 1.1, y en 1991 había llegado a 3.5 por ciento.

La tasa del PIB por habitante en América Latina también tuvo una evolución favorable, pues pasó de una cifra negativa (-1 por ciento) a una positiva (1.6 por ciento), en 1991.

A nivel nacional, Argentina logró un importante crecimiento de su PIB, pasando de -6.3 por ciento en 1989 a 7.3 por ciento en 1991. Venezuela fue otra nación que después de haber tenido durante años tasas de crecimiento negativas (-7.8 por ciento) alcanzó un impresionante 10.2 por ciento en 1991.

México también ha presentado cifras positivas estables en este rubro. En 1989 tuvo una tasa anual de crecimiento del PIB de 3.3 por ciento, que se incrementó poco más de un punto en el año siguiente, para decaer de nuevo en 1991 a 3.6 por ciento.

En materia de control de la inflación, la mayoría de las naciones latinoamericanas han obtenido importantes logros. Por segundo año consecutivo, Bolivia redujo el incremento de precios en doce meses, de 15 a 11 por ciento. Costa Rica hizo lo propio de 25 a 18 por ciento, al igual que Chile y México, de 19 a 14 y 13 por ciento, respectivamente.

A pesar de la recuperación que en términos macroeconómicos tuvieron estas naciones, a partir de 1992 comenzaron a evidenciarse rendimientos decrecientes de los modelos económicos.

El PIB promedio de la región se redujo de 3.5 por ciento en 1991 a 2.4 por ciento el año pasado. La tasa de crecimiento del producto por habitante también se contrajo en poco más de un punto, llegando a 0.5 por ciento en las mismas fechas.

En México, el PIB ha ido en descenso desde 1990, cuando alcanzaba cifras de 4.4 por ciento, hasta llegar a 2.5 por ciento el año pasado.

En Argentina, después de enfrentar graves problemas que se reflejaban, entre otras cosas, en una tasa negativa de -6.3 por ciento del producto interno, en 1989, se produjo un importante despegue en 1991 que lo incrementó a más de siete por ciento. Sin embargo, al año siguiente se produjo una nueva caída de un punto.

El caso que se presenta más complicado es el de Brasil. La modesta tasa de crecimiento de la actividad regional se encuentra fuertemente determinada por la agudización de la recesión en ese país, que además vio recrudecer significativamente sus tasas de inflación.

El "talón de Aquiles" de las políticas económicas de corte neoliberal que se han instrumentado en América Latina, y que son común denominador en la región, es el alarmante déficit comercial. Aun cuando desde 1989 se ha dado un crecimiento constante de las exportaciones en la zona -110 mil millones de dólares en ese año, 121 al año siguiente y 126 en 1992-, "la fuerte expansión de las importaciones se mantuvo, e incluso, en algunos casos se aceleró hasta llegar a 132 mil millones de dólares, favorecida por las liberalizaciones arancelarias y los bajos tipos de cambio reales, dando lugar, por primera vez, a un saldo negativo en el comercio de bienes. En estas circunstancias, el déficit en cuenta corriente también creció notablemente". (CEPAL, *Balanza preliminar de la economía de América Latina y el Caribe*, 1992, p. 1).

En 1989 dicho déficit alcanzó los 11 mil millones de dólares; en 1991 había aumentado a 19 mil millones y al año siguiente llegó a casi 33 mil millones de dólares.

En nuestro país, el déficit en cuenta corriente se incrementó entre 1991 y 1992, de casi 13 mil 500 a 20 mil 750 millones de dólares.

Argentina también ha visto ascender dicho déficit en esos mismos años, de 2 mil 667 a casi siete mil millones de dólares. La misma circunstancia atraviesa Venezuela, que casi cuatuplica el déficit de su balanza comercial.

Hasta el momento, estas naciones han optado por compensar el déficit con la inversión extranjera que desde comienzos de los noventa ha ingresado al país en forma creciente.

El año pasado, varios países en América Latina fueron los principales destinatarios de capitales extranjeros, de manera que el monto total que ingresó a la región en 1992 -57 mil millones de dólares-, superó de manera notable los 39 mil millones de 1991.

México, Chile, Argentina, Colombia y Brasil fueron los más importantes receptores de recursos provenientes del exterior. Inclusive, nuestro país ha sido identificado como el líder entre las naciones subdesarrolladas en la captación de inversión, por recibir 11.3 por ciento del flujo total. Hasta el momento pareciera que Latinoamérica ha encontrado la fórmula adecuada para combatir la crisis y entrar de lleno al libre mercado. Sin embargo, su excesiva dependencia de variables externas ha aumentado la vulnerabilidad de sus economías.

Por otro lado, aun cuando diversos países latinoamericanos lograron importantes reformas de sus deudas con el exterior, a decir del secretario permanente del Sistema Económico Latinoamericano, Salvador Arriola, "la deuda externa de más de 400 millones de dólares sigue siendo un problema serio para la región" (EL FINANCIERO, 3 de septiembre 1992, p. 8).

El otro "déficit"

Siguiendo al pie de la letra las "recomendaciones" del FMI, algunos países latinoamericanos han pretendido suavizar la crudeza de las políticas de ajuste con programas de combate a la pobreza; sin embargo, la creciente marginación de una gran parte de la población se presenta como el efecto más amargo del neoliberalismo en América Latina. Es el déficit social del modelo.

Los innegables logros obtenidos en términos macroeconómicos han sido a costa de contraer radicalmente los salarios; "adelgazar" al Estado a través de la privatización de empresas y el despido de burócratas; aumentar los impuestos al consumo; eliminar los subsidios y recortar recursos destinados a las políticas de bienestar social.

Los principales afectados por esas medidas han sido los sectores de las sociedades latinoamericanas que, golpeados por el desempleo y la pérdida de poder adquisitivo, se encuentran en condiciones de pobreza y de pobreza extrema.

De acuerdo con la UNICEF, el número de pobres en América Latina, incluyendo el Caribe, ascendió en la última década a más de 180 millones; 55 millones de seres humanos en la zona presentan síntomas de desnutrición y 60 millones están afectados por la anemia.

El secretario ejecutivo de CEPAL, Gert Rozental, señaló que "la desigualdad social en Latinoamérica es mayor ahora que hace diez años y, no obstante el éxito alcanzado por los programas de ajuste económico en países como México, la gran falla ha sido que 30 por ciento de la población permanece al margen de los beneficios, pues los gobiernos están más comprometidos con el mejoramiento económico que con el progreso social" (EL FINANCIERO, 17 de junio de 1992, p. 26).

En Venezuela existen 16 millones de pobres. Esto equivale aproximadamente al 80 por ciento de la población, si se considera que en 1991 ésta rebasaba los 20 millones de habitantes.

En circunstancias similares se encuentra la población peruana, de la cual 8 millones 600 mil habitantes han sido arrojados a la pobreza a causa del desempleo y el alto costo de los productos, incluyendo los de la canasta básica.

México no es ajeno a este grave problema. Cifras de la CEPAL indican que hasta noviembre del año pasado, poco más de la mitad de los 82 millones de compatriotas vivían en la pobreza y de ellos, 18 millones se debatían en la miseria extrema, a causa de la injusta distribución de la riqueza y del creciente desempleo urbano que, según el Banco de México, creció de 2.8 por ciento en enero a 3.3 por ciento en julio del año pasado.

Las desoladoras escenas de miseria en que se encuentra gran parte de los países latinoamericanos se hacen evidentes en las favelas brasileñas y los cinturones de miseria de las grandes ciudades, como la de México, Caracas, Lima y Río de Janeiro, y son inocultables en las cifras que indican la tasa de mortalidad en Haití (106 niños de cada mil); las condiciones de los servicios de salud (1 cama por cada mil 258 personas) y el analfabetismo de 50 por ciento de la población en ese país.

La ingobernabilidad

Organismos internacionales reconocen la relación causal que existe entre el aumento de la pobreza y las crisis políticas en Latinoamérica. Particularmente, la CEPAL advierte que "de fracasar los gobiernos en adoptar programas que busquen conciliar el progreso económico con el social, los órdenes democráticos seguirán amenazados por el potencial de levantamientos en respuesta a la

incapacidad oficial para satisfacer las necesidades materiales" (EL FINANCIERO, 17 de junio de 1992, p. 26).

Los desequilibrios políticosociales surgidos a partir de mediados de 1991 son resultado de la "explosión" de descontento alimentado por las graves desigualdades en la región. Ejemplos claros de eso se tienen en países como Brasil y Venezuela, donde las políticas neoliberales se han aplicado con más crudeza. En el primero, los escándalos de corrupción que rodearon al presidente Collor de Mello, sumados a su falta de consenso, ocasionaron su salida del poder y una crisis interna de gobernabilidad. Por su parte, desde que el expresidente venezolano Carlos Andrés Pérez asumió el cargo se vio amenazado por intentos golpistas (el *caracazo* de febrero de 1989, que obedeció al descontento de los cuadros medios de las fuerzas armadas y de la sociedad venezolana por la política económica; y el asalto de militares al palacio de Miraflores, tres años después). La ingobernabilidad de este régimen llegó a su punto máximo en el pasado mes de mayo, cuando los escándalos de corrupción obligaron a Carlos Andrés Pérez a renunciar a su cargo.

En Argentina, el presidente Carlos Menem también ha enfrentado protestas y atentados aislados en su contra, que en un momento despertaron los temores de una posible acción militar para desplazarlo.

Por otro lado, con el autogolpe perpetrado el 6 de abril de 1992, Alberto Fujimori, presidente peruano, garantizó la posibilidad de concluir su estricto programa económico, aun por encima de la oposición de los demás poderes y sin tomar en cuenta los graves estragos sociales que está provocando.

Quiriendo seguir los pasos de su homólogo peruano y pretendiendo contener las investigaciones por corrupción que comenzaban a efectuarse en su contra, el 26 de mayo pasado, el mandatario guatemalteco Jorge Serrano Elías asumió poderes extraordinarios, decretó la disolución del Congreso Nacional, la Suprema Corte de Justicia y otros organismos y suspendió 46 artículos constitucionales.

Sin embargo, el "serranazo" no corrió con la misma suerte que el golpe de Fujimori, pues careció de apoyo popular y militar, por lo que el presidente tuvo que dimitir y abandonar el país para huir de las acusaciones en su contra.

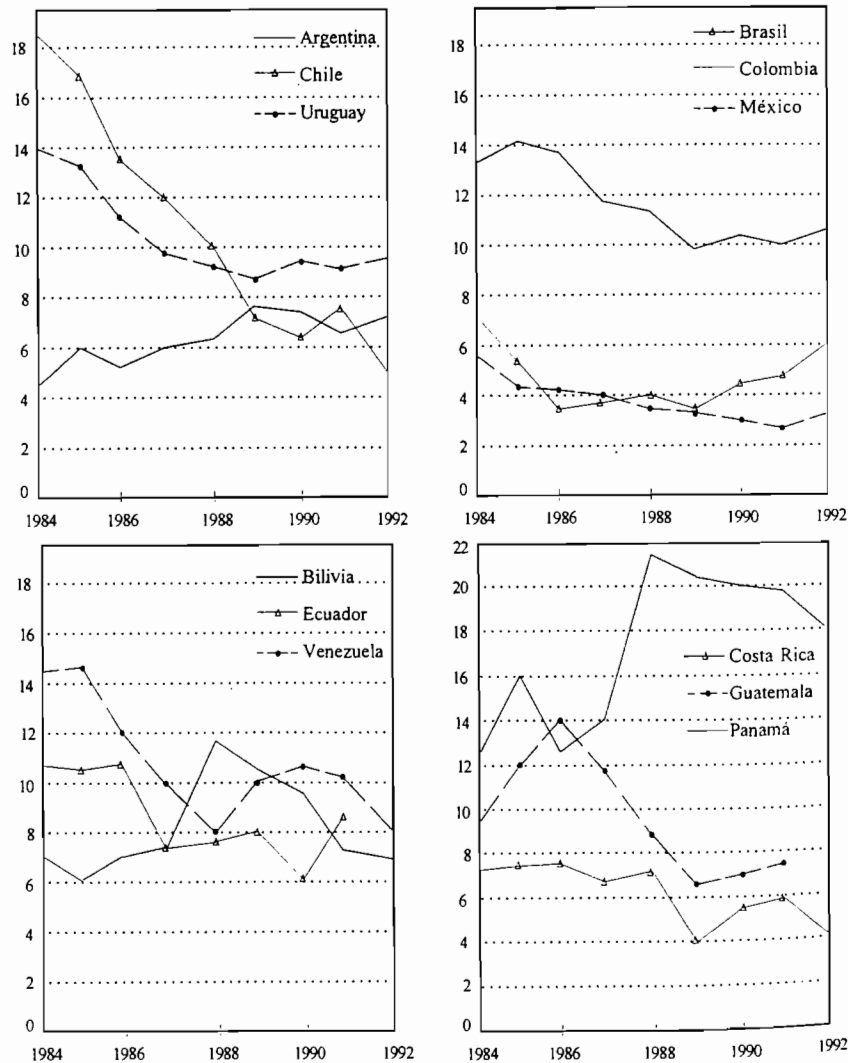
La tensa situación política y la crisis de gobernabilidad en las que se encuentran diversos países latinoamericanos, son claras advertencias de que el pueblo está cansado de la injusticia social, el autoritarismo y la corrupción de sus gobiernos.

Asimismo, evidencia la ineficacia del modelo neoliberal como "medicina" para aliviar los males de las sociedades actuales, y obliga a plantear la necesidad urgente de adecuarlo a la realidad de los países de esta región o sustituirlo por nuevos modelos creados por y para Latinoamérica, que retribuyan con justicia social los sacrificios de estos sufridos pueblos.

CUADROS DEL DESEMPLEO

Gráfica 3

*América Latina y el Caribe: Evolución del desempleo urbano en algunos países
(Tasas anuales medias)*



FUENTE: CEPAL, sobre la base de cifras oficiales.

El ideario de los neoliberales

El neoliberalismo reivindica la libertad individual. Indica que el Estado debe garantizar que sus decisiones mantengan el equilibrio económico en aras de la libertad individual. Puede decirse que hay cinco principios básicos que caracterizan al neoliberalismo y que se apoyan en los sustentos clásicos de la teoría liberal:

1. El bienestar social se logrará a través de la libertad individual. Un valor muy importante dentro de todo proyecto que se aprecie de ser liberal es el respeto y la promoción de la libertad individual. Para lograr esto, la teoría neoliberal intenta una determinación permanente de los derechos de propiedad que no viole los derechos individuales y que, a su vez, provea de certidumbre a los agentes que intercambian en los mercados.
2. La libertad e igualdad de oportunidades están íntimamente relacionadas. El esquema neoliberal promueve una libertad que permita al individuo, como agente principal de la actividad económica, estar en igualdad de oportunidades con los demás individuos y poder, de esta manera, competir dentro de los mercados en similares circunstancias.
3. El neoliberalismo, como el liberalismo clásico, se opone a la discrecionalidad del gobierno. Esta idea permite contrarrestar abusos y arbitrariedades que pudiera realizar el gobierno al estar cumpliendo con sus funciones. Dado que la libertad individual es el valor preponderante; es necesario que se limiten las funciones del gobierno y no se permita que éstas violen la libertad de los individuos ni que vayan contra la actividad de éstos.
4. Sólo puede darse la libertad individual con libertad política. Todo proyecto neoliberal sostiene el proyecto democrático. En una sociedad donde todos los individuos participan en la toma de decisiones, es posible que se respete la libertad política y para lograr ésta es necesaria la vida democrática para la participación ciudadana.
5. La economía de mercado es la base del liberalismo. Sólo si los individuos pueden intercambiar en los mercados con completa libertad y a través del libre juego de la oferta y la demanda de bienes y servicios, puede garantizarse la libertad de todos los que intercambian en dichos mercados. La libertad individual también es indisoluble de la libertad de mercado como un mecanismo de intercambio de los sectores productivos.

Ordenador:

EFFECTOS ECONÓMICOS DEL NEOLIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA

El impacto del neoliberalismo en América Latina ya comienza a sentirse en forma generalizada. La transformación de las estructuras económicas si bien ha redituado en términos de crecimiento macroeconómico aún no se ha reflejado en una mejor distribución de la riqueza y la solución de los añejos problemas de desigualdad social en la región. Peor aún, los conflictos de ingobernabilidad derivados de la aplicación del modelo se multiplican. A continuación presentamos un panorama de los conflictos políticos y sociales que se han registrado en Brasil, Venezuela, Argentina y Perú, principalmente. Junto con ellos, las estadísticas de los años críticos de las economías latinoamericanas, proporcionadas por el Fondo Monetario Internacional.

Argentina

El ascenso del presidente Carlos Saúl Menem, en 1989, después de la primera transferencia del poder mediante elecciones, resultó ser uno de los más conflictivos. El 29 de mayo de 1989 el mandatario saliente, Raúl Alfonsín, decretó el estado de emergencia, lo cual causó descontento social al iniciar la administración de Menem. La personalidad del presidente Carlos Menem ha sido centro de divergencias en el seno mismo del partido que lo postuló a la presidencia. A ello se agregan las acusaciones de corrupción en que se ha visto envuelta su familia, principalmente su cuñada, Amira Yoma, a quien se le involucra junto con su exmarido Ali Ibrahim y Mario Caserta, exsecretario de Asuntos Hidráulicos, de formar parte de una red internacional de narcotraficantes y de transportar narcodólares de Estados Unidos a Argentina.

El caso, conocido como *Yomagate*, puso en entredicho la lucha antidrogas del presidente argentino; de hecho, derivó en un enfrentamiento de Carlos Menem contra diversos medios de comunicación de ese país y españoles, a los que acusó de "embusteros y terroristas".

Esto último es una muestra de la forma *sui generis* de gobernar de Carlos Menem. En la actualidad, el presidente argentino se prepara para formalizar un tratado de libre comercio con Estados Unidos, aun cuando su economía muestra signos poco alentadores. A todo ello se suman los atentados dinamiteros registrados el año pasado, que revivieron el temor acerca de una posible acción militar para desplazar del poder a Menem. En los años recientes la política económica se ha conducido hacia la estabilización. El ingreso per cápita cayó y la deuda externa se multiplicó por más de cinco veces hasta crecer de 48.4 a 119.7, como porcentaje del producto interno.

Estadísticas económicas de Argentina

	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992
Balanza de pagos*							
Cuenta corriente	2,895	-4,235	1,572	-1,305	-1,903	2,803	-8,547
Balanza comercial	2,446	1,017	4,242	5,709	8,628	4,578	2,493
Finanzas públicas**							
Déficit (-)	-0.20	-0.67	-2.09	-12.40	-	-	-
Deuda externa	2.25	8.49	13.87	339.10	-	-	-
Cuentas nacionales***							
Exportaciones	818	1,807	11	503	-	-	-
Consumo público	639	1,367	6	201	-	-	-
Consumo privado	5,691	13,908	58	1,850			
Importaciones	-677	-1,790	-8	-242	-	-	-
Producto interno bruto	7,431	17,720	79	2,551	-	-	-
Producto nacional bruto (PNB)	7,014	16,737	74	2,332			
PIB a precios de 1985 (millones)	4,181	4,287	4,179	3,992	4,009	-	-
Habitantes (millones)	30.74	31.14	31.53	31.93	32.32	32.71	-

*Millones de dólares

** Millones de pesos

*** Millones de pesos

Nota: El 1 de junio de 1983 se introdujo el peso argentino, equivalente a 10 mil pesos.

El 4 de junio de 1985 se introdujo el austral, equivalente a mil pesos argentinos.

El 1 de enero de 1992 se introdujo el peso argentino, equivalente a 10 mil australes.

Fuente: Estadísticas Financieras Internacionales, FMI 1993.

Brasil

El gigante de Sudamérica vive en la actualidad los efectos del "reinado" y defenestración de Fernando Collor de Mello, considerado uno de los episodios más traumáticos de la historia brasileña, porque destapó un enorme escándalo de corrupción que concluyó con la destitución del hoy ex presidente y el ascenso de Itamar Franco.

La destitución de Collor significó la salida de uno de los más destacados impulsores del neoliberalismo, aunque su régimen haya rechazado tal calificativo. Como en México, el gobierno de Collor de Mello se hizo denominar "liberal-social". Actualmente Brasil se encuentra en un proceso de recuperación económica lento y dramático, debido a la adopción de medidas que si bien tienen mucho impacto poco han podido hacer para mejorar las expectativas de inversión y crecimiento. De hecho, una de las deudas que mantienen los gobiernos brasileños es la de disminuir la enorme pobreza en la que se encuentran grandes sectores de la población.

Estadísticas Económicas de Brasil

	1986	1987	1988	1989	1990	1991
Finanzas públicas*						
Déficit	-0.5	-1.4	-13.2	-204.3	-1,847.2	-
Cuentas nacionales**						
Exportaciones de bienes y servicios	323	1,091	9,425	105	2,345	14,042
Consumo público	391	1,403	10,865	181	5,058	23,812
Formación bruta de capital fijo	699	2,573	19,666	315	7,032	31,175
Consumo privado	2,482	7,184	51,173	735	20,094	106,711
Importaciones de bienes y servicios	-233	-714	-4,928	-64	-1,798	-10,750
Producto interno bruto	3,673	11,574	86,551	1,272	32,731	164,991
Pagos al exterior	-163	-436	-3,419	-38	-843	-4,407
Producto nacional bruto	3,510	11,138	83,132	1,233	31,887	160,584
PIB a precios de 1985 (millones)	1,491	1,545	1,544	1,595	1,530	1,744
Habitantes (millones)	138,49	141,45	144,43	147,40	150,37	153,32

*Miles de millones de cruzeiros

**Millones hasta 1988: miles de millones desde 1989

Fuente: Estadísticas Financieras Internacionales, FMI 1993

Venezuela

Venezuela representa otro de los casos donde la figura presidencial ha estado en el centro de las denuncias de corrupción. Tanto, que una de las renunciaciones más anunciadas fue la de Carlos Andrés Pérez, desde el *caracazo* de 1989 hasta los intentos de golpe de Estado y las revueltas estudiantiles registradas el año pasado.

Una de las grandes naciones productoras de petróleo ha vivido en los últimos cuatro años la puesta en marcha de una de las políticas reprivatizadoras más criticadas.

La reforma económica emprendida por CAP incluyó forzosamente las recetas dictadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional como condición para renegociar la deuda externa, lo cual dio como resultado una profundización del deterioro de vida y del descontento popular contra uno de los presidentes considerados populistas en la década de los setentas.

Estadísticas Económicas de Venezuela

	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992
Balanza de pagos*							
Exportaciones	97.5	145.7	180.1	503.0	889.2	939.4	1,065.4
Consumo público	54.7	71.1	91.9	144.4	191.8	285.8	372.7
Consumo privado	337.1	450.4	597.7	977.3	1,415.4	2,040.1	2,974.9
Importaciones	-99.6	-158.8	-238.4	-330.9	-460.1	-796.7	-1,189.5
Producto interno bruto	492.1	679.4	875.5	1,485.5	2,279.3	3,036.3	4,180.3
Gasto nacional bruto	489.2	679.2	873.4	1,423.4	2,237.1	2,992.3	-
PIB a precios de 1985	477.49	499.03	529.83	488.33	521.91	576.04	618.19
Habitantes (millones)	17.53	17.97	18.42	18.87	19.32	20.23	-
Finanzas públicas**							
Déficit (-)	-9,965	-39,753	-67,676	-23,948	25,209	134,041	

* Miles de millones de bolívares.

** Millones de bolívares

Fuente: Estadísticas Financieras Internacionales, FMI, 1993

Chile

El régimen militar de Augusto Pinochet en los setentas y la primera mitad de la década pasada fue uno de los pioneros latinoamericanos en poner en práctica los lineamientos del monetarismo. La viabilidad del modelo de desarrollo neoconservador fue puesta a prueba en Chile. Entre 1982 y 1987 el peso chileno sufrió una depreciación de alrededor de 50 por ciento, lo cual contribuyó de manera decisiva a la recuperación de la economía. Cuando Patricio Aylwin llegó al poder, su decisión de no dar marcha atrás en la reestructuración económica fue determinante para crear un ambiente de certidumbre hacia el comportamiento de indicadores económicos.

En la actualidad el régimen democrático enfrenta cuatro problemas: las bajas tasas de ahorro interno; las constantes presiones para elevar su gasto público; la extrema sensibilidad de la economía chilena hacia los choques externos; y el problema de la distribución de la riqueza.

Cifras de la Economía Chilena							
	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992
Balanza de pagos*							
Cuenta corriente	-1,192	-808	167	-767	-598	142	-
Balanza comercial	1,092	1,230	2,219	1,578	1,273	1,575	-
Finanzas públicas**							
Déficit (-)	-31.4	20.0	-12.2	-	-	-	-
Cuentas nacionales**							
Exportaciones	994.2	1,394.3	2,022.0	2,566.0	3,099.2	3,919.3	4,588.1
Consumo público	410.7	475.1	568.5	667.0	825.0	1,046.6	1,251.7
Consumo privado	2,237.3	2,811.0	3,534.8	4,487.2	5,691.5	7,301.3	9,273.3
Importaciones	-870.2	-1,223.7	1,633.0	-2,320.1	-2,854.0	-3,386.4	-4,304.5
Producto interno bruto	3,246.1	4,159.8	5,411.0	6,788.4	8,477.9	10,939.2	13,739.6
Producto nacional bruto	2,882.0	3,786.9	4,940.7	6,264.3	7,937.4	10,307.2	13,065.3
PIB a precios de 1985	2,271.9	2,878.0	3,090.1	3,398.4	3,471.4	3,680.3	4,064.1
Habitantes (millones)	12.33	12.54	12.75	12.96	13.17	13.39	-

*Millones de dólares

**Miles de millones de pesos

Fuente: Estadísticas Financieras Internacionales, FMI, 1993

Productividad según Reich

CLINTON Y SU PROYECTO ECONÓMICO, ¿RETORNO A KEYNES?

Con George Bush, el último presidente elegido durante la *guerra fría*, se fue también el neoliberalismo en Estados Unidos en su versión republicana. William Clinton llegó a la presidencia de un país cuya economía se encuentra muy deteriorada, en franca recesión, con la mayor deuda externa del mundo, con una elevada tasa de desempleo y con importantes déficits en el presupuesto, las finanzas y el comercio.

El neoliberalismo que exige un Estado disminuido, con escaso gasto, liberalización total de las fuerzas del mercado y reducción de impuestos, en una palabra, el capitalismo más ortodoxo, no dio los resultados esperados, o sólo lo hizo para los sectores más ricos de la sociedad. Además de la ampliación de la brecha entre ricos y pobres, la gran clase media vio disminuir su ingreso y declinar su nivel de vida en circunstancias en que el Estado se negaba a incrementar los gastos en áreas de salud, educación, bienestar y empleo. Así, al igual que en México, el neoliberalismo representó mayores costos sociales que beneficios económicos.

Clinton prometió en su campaña cambiar y corregir la economía; esto y su posición como demócrata, más cercano a los postulados del economista John Maynard Keynes que al neoliberalismo, lo llevaron a rodearse de un equipo de ideólogos, economistas y políticos identificados total o parcialmente con estos principios.

La expansión del Estado, el incremento del gasto público, la tendencia al empleo total y la disminución del déficit son propuestas por Clinton para corregir los problemas económicos de su país y son plenamente identificables con las ideas de Keynes. El nuevo presidente decidió extender el Estado, elevar el gasto gubernamental, reducir los impuestos, fomentar el empleo, ampliar los servicios de salud y bienestar. Es lo que se ha llamado el nekeynesianismo de Clinton. Robert Reich, secretario de Trabajo e ideólogo importante de la administración Clinton, llamó a esta tendencia "economía de inversión pública" (Dan Morgan y Daniel Southerland en *The Washington Post National Weekly Edition*, 16-22 de noviembre de 1992).

Reich señaló en su libro *El trabajo de las naciones* que para evitar que las corporaciones estadounidenses instalen sus plantas en países que ofrezcan mano de obra barata y altos niveles de producción, en la búsqueda por optimizar sus inversiones, el gobierno debe invertir en los trabajadores, sobre todo en su educación y capacitación, así como en sistemas de transporte y telecomunicaciones, con el fin de atraer la inversión externa y crear empleos, ideas que concuerdan con las que Keynes postuló en los años treinta.

Dentro del mismo equipo del presidente existen importantes debates sobre las cuestiones del gasto gubernamental; para Magaziner, Reich, Solow y Aschauer, el Estado debe realizar gastos sustanciales para vigorizar la deteriorada economía, mientras que Shapiro, Altman y Rivling opinan que los estímulos financieros deben aplicarse con precaución para no agravar el déficit federal ni alterar los mercados financieros. Morgan y Southerland señalaron que miembros del equipo de Clinton reconocían el hecho de que no todas las ideas debatidas podrían instrumentarse en el intento de enderezar la economía estadounidense, y que había que afrontar la lucha entre la retórica de campaña, los presupuestos y los programas factibles.

En el nekeynesianismo clintoniano se encuentran varias incongruencias que hacen concluir que el modelo económico del presidente no concuerda con la ortodoxia del economista: la propuesta de llegar al pleno empleo y la necesidad de agrandar al Estado, junto con la reducción de la burocracia federal; el incremento a los impuestos de la clase media; la redistribución del gasto gubernamental en lugar de la ampliación; la búsqueda de la reducción del déficit, que frenará la recuperación económica.

La realidad a la que se enfrenta el nuevo gobierno ha hecho al presidente retractarse de varias promesas de campaña; entre ellas, gastar más de 80 mil millones de dólares (mmdd) en infraestructura y servicios sociales; la cifra ajustada es de 50 mmdd. También prometió reducir el déficit fiscal hasta llegar a 141 mmdd y ahora habla de alcanzar 165 mmdd.

Entre las promesas estaban también las de crear un programa de 60 mmdd para capacitación de trabajadores durante los cuatro años de su mandato, abrir empleos y elevar la productividad; recortar en 100 mmdd los gastos de la defensa; gastar 18 mmdd para enfrentar la pobreza, a condición de que los beneficiarios también invirtieran en ello; adoptar una nueva política fiscal capaz de reducir impuestos a la clase media (*Informe Especial*, No. 141, 30 de enero de 1993). En todas estas promesas ha tenido que reducir las cifras y hablar de "sacrificios" al ciudadano medio estadounidense.

Por otra parte, los grandes inversionistas temen que Clinton obligue a las corporaciones a pagar mayores impuestos para financiar su reforma al sistema nacional de salud. Las controversias en el equipo de Clinton se centran en cuestiones sobre "aquellos que quieren hacer algo significativo en el campo del estímulo fiscal y aquellos que se preocupan por el déficit presupuestal" (Morgan y Southerland, *op. cit.*).

Según mencionó un mes antes de tomar el poder, para Clinton hay cinco tareas que Estados Unidos debe llevar a cabo a largo plazo: 1) mejorar la educación y el entrenamiento laboral; 2) aumentar la inversión pública y privada; 3) reducir el déficit presupuestal; 4) adoptar una nueva política ecológica y de energía; 5) incrementar la participación personal en los asuntos del país. Las primeras de las tres necesidades anteriores son netamente económicas, mientras que las dos

últimas tienen que ver con cuestiones sociales y ambientales, combinación que imprime un sello distintivo al proyecto clintoniano.

Tal programa tiene que enfrentar varios problemas. A diferencia de los demócratas tradicionales, Clinton defiende el libre comercio frente al proteccionismo; para Reich es muy difícil sostener en la actualidad principios que hasta hace poco eran básicos, como los de las grandes corporaciones y el nacionalismo, y considera que la cultura corporativa que dominó la vida comercial de su país es cosa del pasado. En cambio, observa el ideólogo, "lo que emerge en la actualidad es una nueva élite altamente especializada que no es leal a ningún país". Se puede añadir que esta élite es la que posee el capital y los recursos para actuar supranacionalmente e imponer sus leyes en cualquier parte del globo terráqueo. Esta élite se conoce como la Comisión Trilateral.

En realidad el programa del presidente Clinton no puede clasificarse plenamente en alguna corriente económica, puesto que participa de las características de varias de ellas; por esto, hablar de un nekeynesianismo resulta inapropiado, así como lo sería encuadrarlo dentro de un marco netamente neoliberal.

Lo que se puede afirmar es que el nuevo proyecto, sin ser bautizado aún, es un programa pragmático que mezcla características de varios sistemas sin ajustarse de manera exclusiva a uno de ellos.

EL PLAN ECONÓMICO DE CLINTON

Principios básicos. a) Revitalizar el papel de las inversiones públicas, enfatizando la capacitación y la educación de la fuerza de trabajo y los mejoramientos en la infraestructura, como la modernización del sistema nacional de comunicaciones.

b) Reorganizar el sistema de salud, el cual se relaciona no solamente con la justicia básica, sino con la moral y la confianza en la fuerza de trabajo y la competitividad.

c) Elaborar una nueva política fiscal aumentando los impuestos a los estadounidenses más ricos, disminuyendo los de la clase media, ajustando los impuestos pagados por corporaciones extranjeras, reduciendo los gastos militares y eliminando la corrupción y el derroche del gobierno.

d) La nueva política fiscal buscará estimular los mercados financieros para bajar las tasas a largo plazo y alentar nuevas inversiones.

e) Crear un Consejo de Seguridad Económica que sustituiría en orden de importancia al Consejo de Seguridad Nacional y se encargará de la política comercial internacional de Estados Unidos y de una vigilancia estricta a quien viole los acuerdos comerciales con Washington.

El Paquete Económico. El viernes 25 de junio, el Senado aprobó el plan económico de Clinton. Este paquete busca reducir el déficit federal en 500 mil millones de dólares en los próximos cinco años.

En términos generales, el proyecto prevé obtener 242 mil millones de dólares en nuevos impuestos, recortar casi 90 mil millones de dólares del gasto público, obtener más de 50 mil millones de dólares vía el ahorro de intereses. Aún falta que el Congreso apruebe recortes presupuestales adicionales de 100 mil millones de dólares.

Para obtener el apoyo de los senadores republicanos, los demócratas aceptaron reducir en 9 mil millones de dólares los gastos en el programa de asistencia médica para ancianos, conocido como *Medicare*. Este polémico recorte servirá, según el proyecto clintoniano, para restituir fondos a hospitales rurales, servicios de salud en los hogares y cuidados de hospicio.

Se eximió a las aerolíneas del impuesto a la gasolina y combustible de 4.3 centavos por galón, reduciendo los ingresos por el gravamen de 25 mil millones de dólares a 22.5 millones en cinco años.

Como una estrategia para ahorrar recursos públicos se cerrarán los astilleros de Charleston, en Carolina del Sur, la estación aérea y naval de Alameda y la estación naval de Treasure Island, en San Francisco. Se prevé también reducir en 50 mil el número de personal de las fuerzas armadas.

Quedan pendientes varias promesas de campaña de Clinton, como invertir 18 mil millones de dólares del presupuesto federal para combatir la pobreza, incrementar el gasto en rehabilitación de drogadictos y crear un programa de 60 mil millones de dólares durante los cuatro años de su administración para capacitar al trabajador estadounidense y elevar su productividad.

Pedro Aspe Armella. 1993. *El camino mexicano de la transformación económica*, México, FCE, pp. 13-61.

Este libro es de interés para los estudiosos de la economía. En él se conjugan la experiencia del autor como estudioso de la economía y su experiencia como servidor público partícipe de la instrumentación del programa de estabilización emprendido en México a partir de 1993. El texto hace un recuento del desarrollo de la estrategia de política económica que adoptó el gobierno mexicano, para superar la crisis de 1982. Particularmente, el capítulo I "Ajuste macroeconómico y concertación Social. El programa de estabilización en México (1983-1991)" desarrolla la experiencia de la estabilización macroeconómica de México, con especial énfasis en sus aspectos económicos, políticos y sociales. Plantea que el éxito alcanzado en términos de estabilización, producción y empleo ha sido el resultado de la estricta disciplina fiscal y monetaria, así como de las concertaciones que se tuvieron con los distintos sectores (obreros, campesinos, empresarios y gobierno). Este texto es importante para conocer la situación de México en estos últimos años.